

SUEÑO DE AMOR

Suena el piano. Sus notas, algo atenuadas por la distancia, despejan, ahuyentan, dispersan, los pensamientos que, en agitada efervescencia, le ocupaban la mente. Se traslada en el carrito al rincón del ventanal, su permanente observatorio, y enfoca los prismáticos. Ve, nítidas, las ágiles manos, de finos y largos dedos y el perfil, tan conocido y admirado, de Julia. Pulsa con suavidad las teclas, cuyas vibraciones se propagan por el aire primaveral, y la dulce y romántica composición de Liszt sube y se adentra, por los oídos del inválido, llegando a lo más hondo de su corazón enfermo. Sueño de amor. Nada tan a propósito para él ni tan sentido. ¡Cuántos estremecimientos le había producido aquella música! Era, sin duda, la pieza más interpretada por Julia, por razones que él ignoraba; también la que a él más le gustaba. Sigue después Chopín, y sus valsas danzan invisibles, como sonoras mariposas, por todo el edificio.

Observa a la mujer, que se queda quieta, pensativa, frente al piano. Oculta el rostro con aquellas sus manos diestras, como si quisiera olvidar algo o limpiar unas lágrimas. Se levanta y desaparece del ángulo visual de Luis.

Durante un buen rato él permanece a la expectativa, esperando volver a contemplarla. Y, mientras, recuerda. Van ya para tres años que el joven matrimonio se instaló en el bajo. Aparentaba ser una pareja feliz, pero Luis pensaba que no lo era. Él había desarrollado una especial agudeza para valorar y descubrir detalles, imperceptibles a las personas normales; quizás por su hábito de fisgonear o espiar, desde su ventana-observatorio, única actividad, con la

lectura, que podía realizar. Postrado en un carrito de ruedas desde la niñez, a consecuencia de la parálisis, no tenía otra distracción. Conocía a los vecinos más de lo que ellos podían imaginarse. Sabía los devaneos de la portera, los deslices de la del segundo, las escapadas nocturnas de la mujer del comerciante, las extrañas y furtivas visitas, avanzada la noche, que recibía la viuda del militar... Y tantas y tantas cosas. Pero desde que llegó Julia, su delicada y serena belleza le atrajo de forma irresistible. Sobre ella centró su atención y sobre el marido, un joven de aspecto feminoide, que se preocupaba más de sí mismo que de la compañera. Superficialmente formaban un matrimonio feliz, de buena posición, sin mayores problemas. Pero Luis, tras observarlos largo tiempo, descubrió, o quiso creer que descubría, un inexplicable distanciamiento, impropio de sus edades y de los pocos años que llevaban unidos. No tenían hijos. Julia, sin un gran quehacer doméstico, dedicaba a la música gran parte del día. A veces, sentada en el sofá, pasaba las horas en actitud meditativa. Apenas recibían otros amigos que los del marido, unos tipos semejantes a él, que bebían sin cesar y se olvidaban de la presencia de la muchacha.

Luis, detrás de los cristales especiales de su lugar de observación, que impedían que fuera visto, era espectador casi permanente de la vida en la pequeña comunidad. Pero, de forma muy especial, de Julia. El no había conocido ni tratado otras mujeres, excepción hecha de su madre y algunas parientas.

La aparición de Julia supuso una conmoción en su existencia sedentaria. Sin que se diera, al principio, cuenta. Fue, al comienzo, una especie de admiración. ¡Era tan bonita y delicada! Como una de esas finas y bellas porcelanas chinas, parecía tan frágil que en cualquier momento podría romperse. Necesitaba un cuidado exquisito, una atención constante. Algunas noches de cálido estío, la silueta de la mujer, dibujándose tras las cortinas del dormitorio al desnudarse, despertaron en su débil cuerpo unos dormidos o semiapagados instintos. Miraba con avidez y trataba de adivinar las perfectas formas femeninas, de pronunciadas curvas, y su piel joven y suave. Una vez que apagaba la luz, después de esperar al marido, que siempre llegaba tarde, Luis se la imaginaba dormida, con el pelo rubio desordenado sobre la almohada.

Poco a poco Julia fue entrando dentro de él. Ya no era admiración lo que sentía al verla, sino alegría, emoción, estremecimientos, temblor, fascinación, tristeza, inquietud..., una multitud de sensaciones contradictorias pero saturadas de infinita dulzura; algo que jamás hubiera podido sospechar. Su corazón débil, palpitaba acelerado al verla o escuchar la música.

La vida, para Luis, había sido un simple estar sobre el sillón de ruedas. Y pese a esta circunstancia, nunca envidió a nadie, ni cruzó por su cerebro que todo

podía haber sido de otra manera. Aceptó la situación como un hecho natural, tan inevitable como el frío del invierno o el calor del verano. Desde que conocía a Julia, sin embargo, comenzó a interrogarse sobre su estado y sobre el porqué de su desgracia. Una rebelión impotente germinó en su alma. De inteligencia despierta y viva -posiblemente como compensación de sus miserias físicas-, comprendía la imposibilidad de aspirar a la conquista de una mujer así. Y tuvo momentos de auténtica desesperación.

Abandonó las lecturas, que tanto lugar ocuparon en su pasado, al acecho siempre de Julia. Se olvidó, o despreocupó, de los demás vecinos y de sus peripecias. Julia, sólo Julia, constituía su permanente obsesión. Controlaba sus salidas y sus movimientos; observaba las discusiones, siempre en baja voz, de la pareja y su paulatino apartamiento. Algo, esto resultaba obvio, no funcionaba entre ellos.

Un día en que la creyó deprimida, apoyada en el piano y sin decidirse a tocar, se le ocurrió la idea de llamarla por teléfono. Como lo tenía muy cerca, sin apenas moverse de la ventana, marcó el número. Vio como Julia descolgaba el auricular y a su oído llegó la voz más agradable que nunca había escuchado. Un tanto indeciso, no acertó a decir nada de momento. Mas luego, con una osadía de la que ni él mismo se creía capaz, dijo:

- ¡Julia! No estés triste, por favor. Existe alguien que te adora y no puede soportar que sufras.

Julia, sorprendida, se limitaba a preguntar quién era.

- No importa quien sea; lo que importa es que sepas que te amo y daría mi vida por un segundo de felicidad tuya.

Colgó, sin extenderse más. El primer paso estaba dado. Cuando veía que estaba sola llamaba, sin identificarse nunca. Y sucedió que ella, con carencias de comunicación y con la necesidad acuciante de desahogar los problemas y tristezas que la acongojaban, tras algunos miedos iniciales, acabó por esperar y desear aquellas anónimas llamadas. Y se estableció entre ellos una corriente de simpatía y afecto.

- Pero, ¿quien eres? - le preguntaba ella con frecuencia.

- ¡Que más da! -decía él-; llámame Pablo. Yo a ti, Virginia. Así seremos como aquellos célebres amantes.

Luis, que poseía una extensa cultura y tenía especial predilección por la poesía, le recitaba poemas de amor y la describía con precisas y hermosas palabras.

- Tú me conoces, ¿verdad? -inquiría ella.

- Si. Y cada hora, cada minuto, cada segundo, te quiero más.

- Sabes que ese amor es imposible -replicaba ella, con disimulada amargura.

- Si... Pero olvidemos este hecho desgraciado. ¿Por qué no tocas algo?

- Bueno.- Y colgando el auricular sobre el piano, interpretaba alguna composición. Luis, desde el teléfono y a través de la ventana, en insólita estereofonía, escuchaba embelesado.

Así transcurrieron varios meses. Ambos aguardaban, con impaciencia, la oportunidad de hablar.

- ¿Qué pasa con tu marido? -le preguntó un día Luis

- Nada, nada -contestó ella.

- Perdona, pero no te creo. Siempre está ausente, apenas si te presta atención...

- Cosas de su carácter...

- Con una mujer como tú, no hay disculpa posible para él. Siempre llega tarde, cuando ya estás dormida...

- ¿Cómo lo sabes?

- Me preocupa tu felicidad.

- Dejemos el tema -cortó ella-. Tengo que hacer.

Pero, a los pocos días, sin que Luis suscitara la cuestión, Julia le confesó:

-No me quiere, Pablo. Creo que me odia y por eso me rehuye.

- ¿Cómo es posible? Si eres la criatura más adorable de la creación...

Con voz entrecortada, ella explicó:

- Pablo, ¿me creías si te dijera que todavía soy virgen?

Luis quedó estupefacto. Ella continuó:

- Sospecho que no le gustan las mujeres y tiene relaciones con un amigo.

- ¿El rubito?

- ¿Lo conoces?

- Conozco muchas cosas. Pero eso tiene remedio. Sepárate. El matrimonio es nulo.

- ¿Y el escándalo?

- ¿Y tú felicidad?

- Pablo, ¿Te casarías conmigo?

La emoción atenazó la garganta de Luis y no supo qué contestar.

- ¿No respondes? - insistió.

- ¡Imposible, Virginia! ¡Qué más quiera yo! -Y un sollozo le obligó a colgar.

Aquella noche apenas durmió. Lloró de rabia, maldijo su suerte y golpeó desesperado su cabeza, como queriendo destruirse. El corazón quería salirse,

estallar, y un dolor intenso le oprimió el pecho, impidiéndole respirar y gritar... Pero luego el dolor fue cediendo. Un extraño bienestar invadió todo su cuerpo. Percibió como la sangre fluía suave y calurosa por todas las venas. Inconscientemente movió la cintura; después, los miembros inferiores. Se levantó con una agilidad que a él mismo sorprendió. ¿Sería posible?... Paseó por el cuarto, que le resultaba distinto, con otra perspectiva, visto de pie. Miró hacia la habitación de Julia. En las cortinas del dormitorio se dibujaba su figura fina, estilizada, como la de una bella gacela a contraluz del anochecer.

- ¡Mi amor! -exclamó.

Marcó el número en el teléfono, impaciente y nervioso. Una voz indefinible, cavernosa, gélida, de otro mundo, le respondió con palabras que no entendía y que le infundieron pánico y terror... Sobre sus ojos cayó como un negro velo y los objetos, las cosas, fueron desapareciendo en una nada turbia e impenetrable.

.....

Julia, durante largo tiempo, continuó esperando la llamada del desconocido enamorado, enamorada a su vez de él por sus palabras, por sus sentimientos, por su bondad... Inútil empeño. Decepcionada, se acercaba al piano y con la vaga esperanza de ser escuchada por aquél nunca visto amante, ausente no sabía dónde, interpretaba, llorosa, triste, desilusionada, el "Sueño de amor"... El sueño de un amor imposible y extraño.